

A los árboles diesen la madera
Que más sólida fuera
Para hacerle uno fuerte y muy durable.
Al punto la arboleda innumerable
Le cedió el acebuche; y él, contento,
Perfeccionando luego su instrumento,
De rama en rama va cortando á gusto
Del alto roble el brazo más robusto.
Ya los árboles todos recorria;
Y mientras los mejores elegía,
Dijo la triste encina al Fresno: *Amigo:*
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FÁBULA XVII.

LA ONZA Y LOS PASTORES.

En una trampa una Onza inadvertida
Dió misera caída,
Al verla sin defensa,
Corrieron á la ofensa,
Los vecinos Pastores,
No valerosos, pero sí traidores.
Cada cual por su lado
La maltrataba airado,
Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
Unos á palos, otros á pedradas.
Al fin la abandonaron por perdida;
Pero viéndola dar muestras de vida,
Cierta Pastor, dolido de su suerte,
Por evitar su muerte,
La arrojó la mitad de su alimento,
Con que pudiese recobrar aliento.
Llega la noche, téplase la saña;
Marchan á descansar á la cabaña
Todos, con esperanza muy fundada
De hallarla muerta por la madrugada;
Mas la fiera entre tanto,
Volviendo poco á poco del quebranto,
Toma nuevo valor y fuerza nueva;
Salta, deja la trampa, va á su cueva,
Y al sentirse del todo reforzada,
Sale, sí, muy ligera, pero más airada.
Ya destruye ganados,
Ya deja los Pastores destrozados:
Nada aplaca su cólera violenta;
Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
El buen Pastor, por quien tal vez vivía,
Lleno de horror, la vida le pedía.
«No serás maltratado,
Dijo la Onza, vive descuidado;
Que yo sólo persigo á los traidores
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.»
Quien hace agravios, toma la venganza;
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FÁBULA XVIII.

EL GRAJO VANO.

Con las plumas de un pavo
Un Grajo se vistió; pomposo y bravo
En medio de los pavos se pasca:
La manada lo advierte, lo rodea;
Todos le pican, burlan y le envían,
¿Dónde, si ni los grajos le querían?
¿Cuánto há que repetimos este cuento,
Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FÁBULA XIX.

EL HOMBRE Y LA COMADREJA.

Así decía cierta Comadreja
A un Hombre que la había aprisionado:
«¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto ni de queja?
»No soy la que desvanes y rincones,
Tu casa toda, cual si fuese mía,
Cuidadosa registro noche y día,
Para que vivas libre de ratones?—
»¡Gran fineza por cierto!

El Hombre respondió. Pues di, ladrona,
Si tu glotonería no perdona
Ni á raton vivo ni á cochino muerto,
»Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los ratones? ¿qué locura!
No tendria yo malas tragaderas.
»Morirás; y el astuto que pretenda
Vender como fineza lo que ha hecho
Sin mirar á más fin que á su provecho,
Sabrás que hay en el mundo quien le entienda.

FÁBULA XX.

BATALLA DE LAS COMADREJAS Y LOS RATONES.

Vencidos los ratones,
Huían con presteza
De una afroz enemiga
Tropa de Comadreas:
Marchaban con desórden;
Que cuando el miedo reina,
Es la confusion sola
El jefe que gobierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los soldados
Entrar á duras penas;
Pero los capitanes,
Que en las estrechas puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas,
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega,
Fueron las desdichadas
Víctimas de la guerra;
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las Comadreas.
¿Cuántas veces los hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos á la tierra,
Antes que á las cabañas,
A los palacios y á las torres llegan.

FÁBULA XXI.

EL LEON Y LA RANA.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un Leon horroroso
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva; oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atención y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldría
Aquella voz, que tanto más sonaba,
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡oh qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal bestia feroz, y era una Rana.
Llamará la atención de mucha gente
El charlatan con su manía loca;
Mas ¿qué logra, si al fin verá el prudente
Que no es sino una Rana, todo boca?

FÁBULA XXII.

EL CIERVO Y LOS BUENES.

Con inminente riesgo de la vida
Un ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente,

Quedando sepultado
En las alevés aguas sin remedio.
Temamos los peligros
De designios secretos;
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

FÁBULA XXV.

EL LEON, EL LOBO Y LA ZORRA.

Trémulo y achacoso
A fuerza de años un Leon estaba;
Hizo venir los médicos, ansioso
De ver si alguno de ellos le curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban á millones.
Todos conocen incurable el daño;
Ninguno al Rey propone el desengaño;
Cada cual sus remedios le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un Lobo cortesano
Con tono adulador y fin torcido
Dijo á su Soberano:
«He notado, Señor, que no ha asistido
La Zorra como médico al congreso,
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictámen en tan grave asunto.»
Quiso su Majestad que luego al punto
Por la posta viniese:
Llega, sube á palacio, y como viese
Al Lobo, su enemigo, ya instruido
De que él era el autor de su venida,
Que ella excusaba cautelosamente,
Inclinándose al Rey profundamente,
Dijo: «Quizá, Señor, no habrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenía hecho;
Y para más provecho,
En mi viaje traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia.
Conviene pues los grandes profesores
En que no teneis vicio en los humores,
Y que sólo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero éste se recobra y vivifica,
Sin fastidio, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que vuestra majestad tiene en la mano.
A un Lobo vivo arránqueme el pellejo,
Y mandad que os le apliquen al instante;
Y por más que esteis débil, flaco y viejo,
Os sentiréis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.»
Convino el Rey, y entre el furor y el hierro
Murió el infeliz Lobo como un perro.
Así viven y mueren cada día
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al degüello se tiran á porfía.
Tomen esta leccion muy oportuna:
Lleguen á la privanza enhorabuena;
Mas labren su fortuna,
Sin cimentarla en la desgracia ajena.

FÁBULA XXIII.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes Pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena;
Mas el piloto estuvo muy sereno
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

FÁBULA XXIV.

EL TORRENTE Y EL RIO.

Despeñado un Torrente
De un encumbrado cerro,
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasajero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es comun en los hombres
Poseídos del miedo,
Para salvar la vida,
Exponerla tal vez á mayor riesgo.
Llegaron los bandidos,
Practicaron lo mesmo
Que ántes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.
Encontró el miserable
De allí á muy poco trecho
Un Rio caudaloso,
Que corría apacible y con silencio,
Con tan buenas señales,
Y el próspero suceso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearle sin recelo;
Mas apenas dió un paso,
Pagó su desacuerdo,

LIBRO QUINTO.

FÁBULA PRIMERA.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de Ratones.
En uno de sus lóbrigos rincones
Puso su alojamiento;
Por delante de sí, de ciento en ciento
Les dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor, que mira al vaso;

Y ensanchando así más sus tragaderas,
Al fin los escogía como peras,
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero tarde ó temprano,
Al fin ya los Ratones conocían
Que por instantes se disminuían.
Don Roepan, cacique el más prudente
De la Ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
«Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
Que metidos nos tiene en llanto y luto,
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajará el daño solamente
Con no bajar allá de modo alguno.»
El medio pareció muy oportuno;
Y fué tan observado,
Que ya Marramaquiz, el muy taimado,
Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas
La de colgarse por los pies de un palo,
Haciendo el muerto: no era el ardid malo;
Pero don Roepan, luego que advierte
Que su enemigo estaba de tal suerte,
Asomando el hocico á su agujero,
«Hola, dice, ¿qué es eso, caballero?
¿Estás muerto de burlas ó de veras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
Pues no nos contarémos ya seguros
Aun sabiendo de cierto
Que eras, á más á más de Gato muerto,
Gato relleno ya de pesos duros.»
Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida
Que puede algunas veces
El huir de sus trazas y dobleces
Valernos nada ménos que la vida.

FÁBULA II.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un Burro cojo vió que le seguía
Un Lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decía:
«Amigo Lobo, yo me estoy muriendo;
»Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pié de que cojeo;
Si yo no me valiese de herradores,
No me vería así como me veo.
»Y pues fallezco, sé caritativo;
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeime despues de cabó á rabo.—
»Oh! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
»El caso es para mí una patarata,
La operacion no más que de un momento;
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen Jumentó.»
Con su estuche moral desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado
Una coz que le deja sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
«Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
»Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnívoro;
Pues si puedo vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curándero?»
Hablemos en razon: no tiene juicio
Quién deja el propio por ajeno oficio.

FÁBULA III.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Iban, mas no sé adónde ciertamente,
Un Caballo y un Asno juntamente;
Este cargado, pero aquél sin carga.
El grave peso, la carrera larga
Causaron al Borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. «Amigo compañero,
No puedo más, decía; yo me muero.
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.»
Dice el otro: «Revierta enhorabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga ajena?
Gran bestia seré yo si tal hiciere.»
Miren y qué borrico se me muere.»
Tan justamente se quejó el Jumento,
Que espiró el infeliz en el momento.
El Caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado
Los fardos y aparejos todo junto,
Item más el pellejo del difunto.
Juan, alivia en sus penas al vecino:
Y el, cuando tú las tengas, déte ayuda;
Si no lo habeis así, temed sin duda
Que seréis el Caballo y el Pollino.

FÁBULA IV.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un Labrador cansado,
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Beposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios,
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
«¿Por qué la Providencia,
Decía entre sí mismo,
Puso á la ruin bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?»
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
«Par diez, prorumpió entonces
El Labrador sencillo,
Si lo que fué bellota,
Algun gordo melon hubiera sido,
Desde luego pudiera
Tomar á buen partido
En caso semejante
Quedar desnarrigado, pero vivo.»
Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Senalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido;
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

FÁBULA V.

EL ASNO VESTIDO DE LEÓN.

Un Asno disfrazado
Con una grande piel de León andaba;
Por su temible aspecto casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado,
Pero quiso el destino

Y en su pleno congreso
La nueva ley al punto derogaron,
Porque se aseguraron
De que en vano intentaban la reforma,
Cuando ellos no sabían ser la norma.
Y es así: que la fuerza de las leyes
Suele ser el ejemplo de los reyes.

FÁBULA VIII.

LAS RANAS SEDIENTAS.

Dos Ranas que vivían juntamente,
En un verano ardiente
Se quedaron en seco en su laguna.
Saltando aquí y allí, llegó la una
A la orilla de un pozo.
Llena entonces de gozo,
Gritó á su compañera:
«Ven y salta ligera.»
Llegó, y estando entrambas á la orilla,
Notando como grande maravilla,
Entre los agostados juncos y heno,
El fresco pozo casi de agua lleno,
Prorumpió la primera: «¿A qué esperamos,
Que no nos arrojamus
Al agua, que apacible nos convida?»
La segunda responde: «Inadvertida,
Yo tengo igual deseo;
Pero pienso y preveo
Que, aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
La agua, con los calores exhalada,
Segun vaya faltando,
Nos irá dulcemente sepultando,
Y al tiempo que salir solicitemos,
En la Estigia laguna nos verémos.»
Por consultar al gusto solamente
Entra en la nasa el pez incantamente,
El pájaro sencillo en la red queda,
Y ¿en qué lazos el hombre no se enreda?

FÁBULA IX.

EL CUERVO Y EL ZORRO.

En la rama de un árbol,
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico,
Estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
Un Zorro muy maestro,
Le dijo estas palabras,
A poco más ó ménos:
«Tenga usted buenos dias,
Señor Cuervo, mi dueño;
Vaya que estáis donoso,
Mono, lindo en extremo;
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento;
Que si á tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro á la diosa Ceres,
Siendo testigo el cielo,
Que tú serás el fénix
De sus vastos imperios.»
Al oír un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado,
Quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso;
El muy astuto Zorro,
Despues de haberle preso,
Le dijo: «Señor bobo,
Pues sin otro alimento,
Quedais con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas
Mientras yo como el queso.»
Quién oye aduladores,
Nunca espere otro premio.

Que le llegase á ver desde el molino
La punta de una oreja el molinero.
Armado entonces de un garrote fiero,
Dale de palos, llévalo á su casa;
Divúlgase al contorno lo que pasa.
Llegan todos á ver en el instante
Al que habían temido Leon reinante;
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quién más le respetó, más le desprecia.
Desde que oí del Asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y el sombrero,
Que le han de ver la punta de la oreja.

FÁBULA VI.

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO.

Érase una Gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en ménos tiempo más tesoro.
Matóla; abrióla el vientre de contado;
Pero, despues de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que muerta la Gallina,
Perdió su huevo de oro y no halló mina.
¿Cuántos hay que teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos;
Que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millenes,
Se vieron en la calle sin calzones!

FÁBULA VII.

LOS CANGREJOS.

Los más autorizados, los más viejos
De todos los Cangrejos
Una gran asamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron,
A propuesta de un docto presidente,
Como resolución la más urgente
Tomaron la que sigue: «Pues que al mundo
Estamos dando ejemplo sin segundo,
El más vil y grosero
En andar hacia atras como el soguero;
Siendo cierto también que los ancianos,
Duros de piés y manos,
Causándonos los años pesadumbre,
No podemos vencer nuestra costumbre;
Toda madre desde este mismo instante
Ha de enseñar andar hacia adelante
A sus hijos; y dure la enseñanza
Hasta quitar del mundo tal usanza.—
Garras á la obra», dicen las maestras,
Que se creían diestras;
Y sin dejar ninguno,
Ordenan á sus hijos uno á uno
Que muevan sus patitas blandamente
Hacia adelante sucesivamente.
Pasito á paso, al modo que podían,
Ellos obedecían;
Pero al ver á sus madres que marchaban
Al reves de lo que ellas enseñaban,
Olvidando los nuevos documentos,
Imitaban sus pasos, más contentos.
Repetían sus madres sus lecciones,
Mas no bastaban teóricas razones;
Porque obraba en los jóvenes Cangrejos
Solo un ejemplo más que mil consejos.
Cada maestra se affige y desconsuela,
No pudiendo hacer práctica su escuela;
De modo que en efecto
Abandonaron todas el proyecto.
Los magistrados saben el suceso,

FÁBULA X.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen Cojo un descortés
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente,
Continuando su carrera,
Cuando al són de la cojera
Dijo el otro: «Una, dos, tres,
Cojo es.»
Oyólo el Cojo: aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pié.
«Sólo el no poder correr,
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta;
*Porque al hombre sólo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.»*

FÁBULA XI.

EL CARRETERO Y HÉRCULES.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña,
El á nada se mueve ni se amaña;
Pero jura muy bien: gran Carretero.
A Hércules invocó; y el ciego le dice:
«Aligera la carga; ceja un tanto;
Quita ahora ese canto:
¿Está?—Sí, le responde, ya lo hice.—
Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar.» De esta manera,
Arreando á la Mohina y la Roncera,
Salió Juan con su carró del suceso.
*Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al cielo favor; ha de ayudarte.*

FÁBULA XII.

LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una Zorra cazaba;
Y al seguir á un gazapo,
Entre aquí se escabulle, allí le atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando más la afligía su tristeza,
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal, por su fortuna,
Del Chivo padre la gentil cabeza.
«¿Que tal? dijo el barbon, ¡la agua es salada?
—Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la Raposa,
Que en tal pozo estoy como encantada.»
Al agua el Chivo se arrojó, sediento:
Monta sobre él la Zorra de manera,
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.
*Mas ¿quién podrá á la Zorra dar castigo,
Cuando el hombre, áun á costa de su amigo,
Del peligro mayor salir procura?*

FÁBULA XIII.

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ.

Un Lobo se quejó criminalmente
De que una Zorra astuta lo robase.
El Mono Juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.
Enterado, pronuncia la sentencia:
«No consta que te falte nada, Lobo;
Y tú, Raposa, tú tienes el robo.»
Dijo, y los despidió de su presencia,
Esta contradicción es cosa buena;

La dijo el docto Mono con malicia.
*Al perverso su fama le condena
Aun cuando alguna vez pida justicia.*

FÁBULA XIV.

LOS DOS GALLOS.

Habiendo á su rival vencido un Gallo,
Quedó entre sus gallinas victorioso,
Más grave, más pomposo
Que el mismo gran Sultán en su serrallo.
Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el gavilan lo advierte;
Le pilló, le arrebató, y por su muerte,
Quedó el rival señor del gallinero.
*Consuele al abatido tal mudanza;
Sirva también de ejemplo á los mortales,
Que se juzgan exentos de los males
Cuando se ven en próspera bonanza.*

FÁBULA XV.

LA MONA Y LA ZORRA.

En visita una Mona
Con una Zorra estaba cierto día,
Y así, ni más ni ménos, la decía:
«Por mi fe, que tenéis bella persona,
»Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar, como vos sola,
Y á no ser tan disforme vuestra cola,
Seriais en lo hermoso la primera.
»Escuchad un consejo,
Que ha de ser á las dos muy importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por zagalejo.—
»Abrenuncio, la Zorra la responde:
Es cosa para mí ménos amarga
Barrer el suelo con mi cola larga
Que verla por pañal bien sé yo dónde.»
*Por ingenioso que el necesitado
Sea para pedir al avariento,
Este será de superior talento
Para negarse á dar de lo sobrado.*

FÁBULA XVI.

LA GATA MUJER.

Zapaquilda la bella
Era gata doncella,
Muy recatada, no ménos hermosa,
Queríala su dueño por esposa,
Si Venus consintiese,
Y en mujer á la Gata convirtiese.
De agradable manera
Vino en ello la diosa placentera,
Y ved á *Zapaquilda* en un instante
Hecha moza gallarda, rozagante.
Célébrase la boda;
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada;
La novia relamida, almidonada,
Junto al novio, galán enamorado;
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un ratoncillo de repente.
Al punto que le ve, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él y échale el guante.
*Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstante nos mude la fortuna,
La propension del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre.*

FÁBULA XVII.

LA LEONA Y EL OSO.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
Con un rugir continuo y espantoso,

Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona á las fieras inquietaba.
Dícela un Oso: «Escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa
O qué sangrienta guerra,
Qué rayos ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado,
En el nombre de Júpiter airado?—
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo, la más infeliz de los nacidos,
¿Cómo no moriré desesperado,
Si me han robado el hijo, ¡ay desdichada!—
¡Hola! ¿Con que, eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas;
No nos quiten el sueño tus querellas.»
*A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual, no obstante, le parece
Que de esta ley una excepción merece.
Así nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es ajena.*

FÁBULA XVIII.

EL LOBO Y EL PERRO FLACO.

Distante de la aldea,
Iba cazando un Perro
Flaco, que parecía
Un andante esqueleto.
Cuando ménos lo piensa,
Un Lobo le hizo preso;
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos,
«Decídmelo, señor Lobo,
¿Qué queréis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince días
Casa á su hija mi dueño,
Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre;
Que pasado este tiempo,
Podréis comerme á gusto,
Lucio, gordo y relleno.»
Quedaron convenidos;
Y apenas se cumplieron
Los días señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero,
Llamado Matalobos,
Mastin de los más fieros,
Salen á recibirle;
Al punto que le vieron,
Matalobos bajaba
Con corbatín de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos;
Y así, por no gastarlos,
Cedió de su derecho.
Huía, y le llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas:
«Piés, ¿para qué os quiero?»
*Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano
Que por el aire ciento.*

FÁBULA XIX.

LA OVEJA Y EL CIERVO.

Un celemin de trigo
Pidió á la Oveja el Ciervo, y la decía:
«Si es que usted de mí paga desconfía,
A presentar me obligo

Un fiador desde luego,
Que no dará lugar á tener queja.—
Y ¿quién es éste?», preguntó la Oveja.
«Es un lobo abonado, llano y lego.—
»Un lobo! ya; mas hallo un embarazo:
Si no tenéis más fincas que el sus dientes,
Y tú los piés para escapar valientes,
¿A quién acudiré, cumplido el plazo?»
*Si quien es el que pide, y sus padores,
Antes de dar prestado se examina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.*

FÁBULA XX.

LA ALFORJA.

En una Alforja al hombro
Llevo los vicios,
Los ajenos delante,
Detras los míos.
Esto hacen todos;
Así ven los ajenos,
Mas no los propios.

FÁBULA XXI.

EL ASNO INFELIZ.

Yo conocí un Jumento
Que murió muy contento
Por creer, y no iba fuera de camino,
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun despues de su muerte
Le persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles,
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado,
Al són de su pellejo baqueteado.
*Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será. Pedro lo dice.*

FÁBULA XXII.

EL JABALÍ Y LA ZORRA.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Jabalí en el tronco de una encina.
La Zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: «Extraño el verte,
Siendo tú en paz señor de la bellota,
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.»
La fiera respondió: «Tenga entendido
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Así como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.»

FÁBULA XXIII.

EL PERRO Y EL COCODRILLO.

Bebiendo un Perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corria.
«Bebe quieto», le decía
Un taimado Cocodrilo.
Dijole el Perro prudente:
«Dañoso es beber y andar;
Pero ¡es sano el aguardar
A que me claves el diente!»
*¡Oh qué docto Perro rico!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.*

FÁBULA XXIV.

LA COMADREJA Y LOS RATONES.
Débil y flaca cierta Comadreja,
No pudiendo ya más, de puro vieja,

Ni cazaba ni hacía provisiones
De abundantes Ratones,
Como en tiempos pasados,
Que elegía los tiernos, regalados,
Para cubrir su mesa.
Sólo de tarde en tarde hacia presa
En tal cual que pasaba muy cercano,
Gotoso, paralítico ó anciano,
Obligada del hambre cierto día,
Urdió el modo mejor con que saldría
De aquella pobre situación hambrienta;
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amontonada.
Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecución del pensamiento,
Llega el Raton sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina.
Entonces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al hocico el diente.
Con este nuevo ardíd tan oportuno
Se los iba embuchando de uno en uno,
Y á merced de discurso tan extraño,
Logró sacar su tripa de mal año.
*Es feliz un ingenio interesante:
El nos ayuda, si el poder nos deja,
Y al ver lo que pasó á la Comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?*

FÁBULA XXV.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: «Yo extraño
Que estés de tan buen año
Como se deja ver por tu semblante,
Cuando á mí, más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.»
El Perro respondió: «Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado;
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afán ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.—
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho más estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga,
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.»
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Varios puntos tratando en confianza,
Pertencientes á llenar la panza.
En esto el Lobo, por algún recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando el Perro, dijo: «He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿Qué es eso?—Nada.—
Dímelo, por tu vida, camarada.—
No es más que la señal de la cadena;
Pero no me da pena,
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores,
Recibenme á sus piés con mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada;
Este lo mal asado,
Aquél un hueso poco descarnado;
Y aún un gloton, que todo se lo traga,

A lo ménos me halaga,
Pasándome la mano por el lomo;
Yo menea la cola, callo y como.—
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estás preso:
Jamás sales de casa,
Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.—
Es así.—Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocárla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna,
Marcha, marcha á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos; porque al cabo,
No hay bocado en sazón para un esclavo.»

LIBRO SEXTO (I).

FÁBULA PRIMERA.

EL PASTOR Y EL FILÓSOFO.

De los confusos pueblos apartado,
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Del vivir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida,
Ni la extremada misera pobreza
Fue del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció; sus canas, su experiencia
Y su virtud le hicieron, finalmente,
Respetable varón, hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo;
Y llevado de nueva tan extraña,
Acredóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña,
Y preguntó al Pastor: «Dime, ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo á la candela?
¿A Grecia y Roma sábias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platon has tú medido,
O pesaste de Tulio el gran talento,
O tal vez, como Ulises, has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?—
»Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano),
Discurrí por incógnitos paisés,
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisonjero
Se instruye en el doblez y en la patraña.
Con la ciencia que engaña
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un odio firme al vicio me ha inspirado;
Ejemplos de virtud da á mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el día de mañana,
Mi mastin, el hermoso
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante
Es el mejor modelo,
Y si acierto á copiarle, me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la candida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aún volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.
Sábía naturaleza, mi maestra,

(1) ADVERTENCIA. A excepción de un corto número de argumentos sacados de Esopo, Fedro y Lafontaine, todos los asuntos contenidos en los apólogos de los libros VI, VII y VIII pertenecen al fabulista inglés Gay. El IX es original.

Llegó dentro de poco á la privanza:
¡El señor don Dinero que no alcanza!
La Fantasma le muestra claramente
Un falso confidente:
Cien traidores amigos,
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caída.
Resuélvese á dejar aquella vida,
Y ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
En las flores y frutas diferentes.
¡Quieren ustedes creer, esto me pasma,
Que aún allí le persigue la Fantasma!
Los insectos, los hielos y los vientos,
Todos los elementos
Y las plagas de todas estaciones
Han de ser en el campo tus ladrones.
Pues ¿adónde irá el pobre caballero?...
*Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.*

FÁBULA III.

EL JABALÍ Y EL CARNERO.

De la rama de un árbol un Carnero
Degollado pendía;
En él á sangre fría
Cortaba el remangado Carnicero.
El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo, ni pacia ni balaba.
Un Jabalí gritó: «Cobarde gente,
»Que mirais la carnívora matanza,
¿Cómo no os vengais del enemigo?—
Tendrá, dijo un Carnero, su castigo;
Mas no de nuestra parte la venganza.
»La piel que arranca con sus propias manos
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen á los miserables humanos.
»Apénas nos desnellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores:
»Mira cómo los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.»

FÁBULA IV.

EL RAPOSO, LA MUJER Y EL GALLO.

Con las orejas gachas
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un Gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta,
Al salir de su casa,
Juana la madruguera.
Como una loca grita:
«Vecinos, que le lleva;
Que es el mio, vecinos.»
Oye el Gallo las quejas,
Y le dice al Raposo:
«Dila que no nos mienta,
Que soy tuyo y muy tuyo.»
Volviendo la cabeza,
La responde el Raposo:
«Oyes, gran embustera,
No es tuyo, sino mio;
El mismo lo confiesa.»
Mientras esto decía,
El Gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El raposo burlado
Huyó; ¿quién lo creyera!
*Yo, pues á más de cuatro,
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar á destiempo,
Los vi perder la presa.*

Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamás hablo á las gentes
Con aire grave, tono jactancioso,
Pues saben los prudentes
Que, lejos de ser sabio el que así hable,
Será un bñho solemne, despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado.
El hablador molesto é importuno
Es digno de desprecio.
Quien escuche á la urraca será un necio.
A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ajeno daño,
Y usurpan á los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con milanos y halcones,
Con la maldita serpentina raza,
Cáterva de carnívoros ladrones.
Mas ¡qué dije! Los hombres tan malvados
Ni áun merecen tener estos aliados.
No hay dañino animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último, en el libro interminable
De la naturaleza yo medito:
En todo lo creado es admirable:
Del ente más sencillo y pequeñoito
Una contemplación profunda alcanza
Los más preciosos frutos de enseñanza.—
»Tu virtud acredita, buen anciano
(El Filósofo exclama),
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores;
En preceptos mejores
Nos da naturaleza su doctrina.»
*Así quien sus verdades examina
Con la meditación y la experiencia,
Llegará á conocer virtud y ciencia.*

FÁBULA II.

EL HOMBRE Y LA FANTASMA.

Un joven licencioso
Se hallaba en un estado vergonzoso,
Con sus males secretos retirado:
En soledad, doliente, exasperado,
Cavila, llora, canta, jura, reza,
Como quien ha perdido la cabeza.
«¿Te falta la salud? Pues, caballero,
De todo tu dinero,
Nobleza, juventud y poderío
Sábetete que me rio:
Trata de recobrarla, pues perdida,
¿De qué sirven los bienes de la vida?»
Todo esto una Fantasma le previno,
Y al instante se fué como se vino.
El enfermo se cuida, se repone;
Un nuevo plan de vida se propone.
En efecto, se casa.
Cércanle los cuidados de la casa,
Que se van aumentando de hora en hora.
La mujer (Dios nos libre), gastadora
Aun mucho más que rica,
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo que el marido,
Más que nunca aburrido,
Se puso sobre un pié de economía,
Que estrechándola más de día en día,
Al fin se enriqueció con opulencia.
La Fantasma le dice: «En mi conciencia,
Que te veo amarillo como el oro;
Tienes tu corazón en el tesoro;
Miras sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladrón enarbolado;
Las noches pasas en mortal desvelo;
Y así quieres vivir?... ¡Qué desconsuelo!»
El Hombre, como caso milagroso,
Se trasformó de avaro en ambicioso.